

Señores:

La muerte ha sido muy cruel para con nosotros, arrebatándonos á nuestro poeta Peón Contreras. Nosotros no sabemos si todos nos hemos dado bien cuenta del inmenso vacío que su muerte ocasiona. La literatura patria ha perdido á uno de sus más fervientes cultivadores; la poesía nacional á uno de sus bardos más inspirados; el arte, á su sacerdote más augusto; el romanticismo, á su corifeo más aplaudido; las mujeres, á su admirador más entusiasta; el dolor, á uno de sus mejores intérpretes, y el amor triste é infeliz, que vive de esperanzas irrealizables y de quiméricos ensueños, al más fiel de todos sus cantores.

Acerquémonos silenciosos y tristes á la tumba que guarda sus restos mortales, y sobre ella deshojemos manojos de rosas frescas acabadas de cortar de sus tallos por nuestras manos amigas. Ese es el homenaje que merecen los poetas amados de los dioses.

Noviembre 23 de 1907.



ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

ANTE EL CADAVER DEL

Sr. Lic. D. IGNACIO MARISCAL,

EL 17 DE ABRIL DE 1910.



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

LA patria, dignamente representada por todos los Poderes de la Unión, ha querido traer al seno de la representación nacional, para tributarle públicos honores, el cadáver del Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores, y el Senado, con esta ocasión, me ha hecho el alto honor de encomendarme que en su nombre levante mi voz en este recinto augusto para hacer grata recordación de su vida y para que al hacerlo ofrezca á su memoria el testimonio de la gratitud nacional.

Estos honores postreros tributados en forma tan solemne á los hombres, como el Sr. Mariscal, son un acto de justicia suprema; porque es debido que la patria premie con ellos á quienes sacrificaron toda su existencia á servir con tenaz empeño sus intereses los más caros y á llenar con rara fortuna sus necesidades las más apremiantes

Nadie en todo el país dejará de estimar como justa esta sentida manifestación de duelo; ninguno dejará de apreciar como merecido el necesario luto que la República guarda, ni en ningún espíritu dejará de tener un eco simpático el inmenso dolor nacional; que arraiga en lo profundo de todos los pechos, como vive en todas las conciencias la convicción íntima de que el Sr. Mariscal, que vivió para su patria y murió á su servicio, fué siempre un modelo de virtudes cívicas, un constante paladín de los ideales democráticos, un hombre de estado meritísimo, el más experto de nuestros diplomáticos, y antes que todo, y sobre todo, un ciudadano ejemplar, forjado en molde antiguo, que lo mismo en el dulce recogimiento del hogar que en las grandes agitaciones de la plaza pública, nunca sintió otro anhelo que el de consagrarse con noble desinterés al cumplimiento de sus deberes para con el país.

La vida pública del Sr. Mariscal es muy conocida para que sea preciso detallarla; pero no por conocida dejará de ser recordada en instantes tan propicios.

Como político siempre estuvo afiliado al partido liberal, y toda su carrera cuando joven, la hizo al lado de Juárez, y cuando viejo al lado del General Díaz; porque ya como amigo ó ya como consejero de ellos, siempre se inspiró en las altas ideas

que estos caudillos encarnaron durante las luchas de la Reforma y del Imperio ó en la época de la restauración de la República ó en la de la consolidación de la paz nacional.

El Sr. Mariscal formó parte del Congreso Constituyente de 1857, de aquella asamblea memorable en nuestros fastos, que logró zanjar los cimientos de las instituciones que nos rigen y donde fulguraron como antorchas luminosas los nombres de los Arriagas, de los Zarcos y de los Ramírez. De aquel cenáculo sacó el Sr. Mariscal su fe de apóstol que nunca le abandonó, su hermoso ideal republicano que siempre trató de realizar y la firmeza de principios que perduró en él á despecho de los años.

Distinguióse el Sr. Mariscal, como pocos de nuestros hombres de estado, en el desempeño de la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, tanto bajo la presidencia de Juárez como al terminar la primera administración del Gral. Díaz. El Sr. Mariscal fué hombre de ideas, como fué hombre de convicciones; y cual buen sembrador, jamás se dió punto de reposo ni para arrojarlas en el surco, ni para cuidar que fructificaran, ni para preservar sus frutos. La ley de jurados, que revolucionó nuestro sistema de enjuiciamiento penal fué obra suya, y la reorganización de los tribunales del Distrito Federal nunca modificada pa-

ra mejorarla después, fué la muestra palmaria de la madurez de su juicio y de su pericia como legislador.

Pero nunca prestó á su país mejores servicios que como diplomático, ya en el puesto humilde de Secretario de nuestra Legación en Washington, cuando se trabajaba sin descanso en pro de nuestra independencia, ya como Ministro, más tarde, cuando en Washington se discutían las reclamaciones americanas, ora como Ministro en Inglaterra, cuando le tocó en suerte reanudar con ella, pero con dignidad para México, nuestras relaciones diplomáticas y principalmente como jefe de la Cancillería mexicana á cuyo frente ha permanecido durante treinta años, creando todo lo que existe, dirigiendo nuestra política exterior, reconciliándonos con el mundo civilizado, acrecentando nuestro prestigio, asegurando nuestra influencia, conciliando nuestras diferencias y conquistando siempre para nuestro país el respeto que sólo llegan á inspirar las naciones que saben apoyarse en el derecho y en la justicia.

Su labor en la Secretaría de Relaciones Exteriores exige un estudio prolijo que no es propio de los actuales momentos; pero él pondrá de relieve sus merecimientos personales, como ella ha demostrado la superioridad de su carácter.

Hábil en el pensar, disertó en el decir y pa-

ciente en el obrar, poseyó en alto grado las cualidades que hacen del diplomático moderno, apoyado en la verdad y armado con la ley, un santo misionero encargado de evangelizar al mundo, predicando la hermosa y consoladora religión de la paz; y por eso lo vimos muchas veces sortear todos los escollos, vencer todas las dificultades, amorrar todos los obstáculos y reprimir todas las impaciencias para asegurar que siempre un inmenso espíritu de concordia presidiera nuestras relaciones con todas las naciones de la tierra. Su obra en la Cancillería mexicana será siempre inolvidable; y si á ella únicamente hubiera concretado su vida, bastaría para hacerlo vivir en la memoria de sus pósteros, que es la inmortalidad más segura que los seres humanos pueden lograr en pago de ese afán de eternidad que alienta en ellos, desde que nacen hasta que mueren.

Pero si en el Sr. Mariscal el diplomático excedió al juriconsulto, el hombre sobrepujó al diplomático. El Sr. Mariscal en la mejor acepción de la palabra fué un hombre bueno; la bondad halló abrigo en su corazón como un eterno polluelo en su caliente nido y tuvo una honorabilidad tan inmaculada, que siempre conservó su blancura de nieve alpina, de esa cuyo brillo aumenta siempre mientras más vivamente la alumbra el sol.

La vida del Sr. Mariscal fué larga, comparada

con la que alcanzan los hombres de nuestras latitudes; pero no fué tanto por los años que duró, sino porque la supo vivir; y antes que disiparla en la ociosidad, pudo enderezarla á un objeto noble y logró darle una ocupación útil. Por eso la muerte no hubo de sorprenderle, como á la mayor parte de los mortales, que sienten que la vida se les escapa cuando apenas han comenzado á vivirla; sino que la vió llegar tranquilo y la esperó sonriente como el premio que con justicia merecen la labor terminada y el deber cumplido.

La vida del Sr. Mariscal tiene una útil enseñanza. Si se necesita de una larga vida para aprender á vivir, también se necesita de una larga vida para aprender á morir. Por eso si pudo vivir como un sabio, logró morir como un justo y no tuvo necesidad de pedirle á la vida un día más, porque vivió todo el tiempo necesario para usar de ella dignamente.

Señores:

Permitidme que en nombre de la gratitud nacional arroje sobre la tumba de este anciano ilustre un manojo de rosas, como símbolo de juventud.



APÉNDICE